

Ricardo Tudela

El pulso secreto

DEL ARTE



Vitalidad del arte, que entrefunde sus latidos con el latido vital. Pensar que podemos morir, y morir en nosotros mismos; crearnos después, arte de nuestra filosofía, sin llorarnos, sin calumniar la felicidad que no llega.

Sensualidad del arte, que nos aligera de la baja sensualidad de nuestros instintos.

*

No te dejes para después. El latido del instante presente es tu suprema obligación.

*

¿Qué es el arte? Una espera de nosotros mismos. Podremos andar en todas las cumbres; al calor de la

marcha recibiremos el latigazo de todos los vientos. Siempre será el mismo camino. El arte—el alto, el auténtico—no coincide sino en aquello que ajusta o rebalsa las fuerzas vitales, esto es, en la hondura incluyente y creadora del hombre.

•

Es claro: el arte, el arte puro, ahondador, no consiste en decir sino en hallar. Tiene el hombre un hombre inédito y es más artista cuando más lo remueve. Por eso, el problema de toda vitalidad estética—de la ardiente, dolorosa, frenética y sobrehumana vitalidad—es un «crecimiento» interior, una porfía encendida y dramática entre la vida y la cultura.

•

He aquí la fuerza de todo verdadero artista: *s a b e r e s p e r a r s e*. El alma creadora tiene sus tiempos intermedios y sus tiempos definitivos. Aquel que mejor se espera obtiene el hallazgo más alto. Esperarnos constituye una clase de alegría incauta y un drama secreto, vitalizante.

•

Quizás nos quedemos muchas veces sin nosotros mismos, pero es para mejor enderezar la energía; parece que todos los minutos colaboran en la obra que no quie-

re llegar. Y cuando ésta amanece, no viene sola, sino que nos trae para sabernos y profundizarnos...

*

El exceso de calor o el exceso de frío, en arte, asusta a la gente. Sin embargo, en tales extremos crecen el genio y la obra maestra.

*

Los que triunfan rápido, los adoradores del éxito, son los tibios. Como no alteran el clima común ni se enfrentan con la comodidad ajena, se les aplaude fácilmente. Pero esa facilidad les desconecta el espíritu de las fruerzas profundas del arte.

*

Existe un misticismo de la forma: el que logra transparentar lo eterno a través de la palabra.

*

Eternidad inalcanzable, por supuesto. Para ello harían falta el artista deshumanizado a fuerza de humanidad y un arte tan en consonancia con las leyes interiores, que el lenguaje, descarnado y etéreo, sería solo una resonancia, cierta especie de reflujo verbal sobre las líneas y los planos de sugerencia...

Firmeza y embriaguez: he ahí el secreto vital y las vastas posibilidades del verdadero artista.

EL HOMBRE

Juzgar a un hombre por lo que dió, es cobardía; juzgarlo por lo que no dió, indecencia. El saldo humano está más allá de las generaciones, en sentido ulterior del espíritu.

Tenemos un combate y un hombre que realizar. Porque lo sabemos somos inquietos. Esa universalidad es la tragedia recóndita y el trance perenne en que la vida unifica sus jerarquías.

Nuestras obras son incompletas y no resumen sino débiles porciones de nosotros mismos. Esto explica que se conozca tan poco la naturaleza interior. Por grande que sea el hallazgo—toda creación de verdad lo es—apenas si trasunta algunos estados del «hombre» que somos.

Hay razones más poderosas en toda criatura. Esas razones, como es claro, están más allá de la acción. El

mundo quiere definirnó por la obra y por eso se equivoca con harta frecuencia. El hombre auténtico lucha más hondo y se mira crecer en la batalla de cada minuto.

•

Ese hombre es el porvenir del mundo y el patrimonio de la nueva sociedad. Acaso combate solo. Hace falta que así sea. Hallazgo y crecimiento son los centros magnéticos de la voluntad y nada puede superarlo sino su sed de superación.

•

Cada hombre, puesto en su insubstituible ubicación, sabe que para morir hay que crecer; de esa manera persigue equivalencias intrínsecas que han de animar otros mundos. De ahí que el hombre creador sea hombre de excelencias metafísicas: necesita abandonar lo vital en homenaje estético de la esencia.

•

Cada hombre tiene el pudor de sus propias caídas. Porque no las merece le duelen tanto. Dos cosas luchar en cada uno: lo que no se es y lo que se deja de ser. Mas, en ambos extremos corremos riesgo de perder el día creador. Un retorno, pues, es una activa ratificación del espíritu, tanto más pura cuanto más se enciende en el pulso exacto del minuto que se vive.

A veces el corazón humano es como el agua de la acequia: cuanto más turbia, más fecundiza.

Ignorar ciertas cosas, ¿quién puede afirmar que no sea también sabiduría?

Reconozcamos que es humano cansarse; cansarse y perder la esperanza. El alma del hombre conoce esas miserias y, por eso mismo, necesita convertirlas en aliadas de su lucha.

Pero entendámonos: cansancio no es abandono. Los cansados persisten, retoman la senda, consiguen al fin la victoria. El desertor cesa de dar en el clavo. Por eso podríamos cansarnos y continuar siendo fuertes. La renuncia, en cambio, cierra la puerta del mundo que habíamos creado; pudiendo reconquistar la energía, dejamos que nos sacudan todos los vientos.

Toda grandeza encierra un tesoro profundo de embriaguez: aquella que inflama el arrebatado del corazón inspirado.



La esencia del hombre parece que se encuentra más en sus contrasentidos que en su armonía interior. ¿Alguna prueba? El que prefiera más compadecer que admirar. Y se explica: por la admiración creamos; cosa que no ocurre con lo compadecido, porque, al estar en la desgracia, es lo «antihumano...»

EL DOLOR

Hemos querido llorar sobre todas las fisonomías: el alma se ha rehusado. ¿Cobardía? No: ¡intrepidez! Cuando el desengaño desmenuza el mundo de los fenómenos, surge una fuerza infaltable que crea nuevos mundos sobre el escorial de la esperanza: la intuición.

*

Hay días que amanecemos con deseos irresistibles de inventariarnos por dentro; parece que el negocio anduviera mal, que estuviéramos por presentarnos en quiebra...

*

Es fea la caída; pero ¡cuánta humanidad hierve en el fondo!

El dolor es también voluntad, y acaso la que más ejercitamos en la vida.

Lo profundo de nuestro dolor es nuestra propia realidad: alcanzarla, emanciparla, conectar con ella cuanto «es» desde siempre, puede y debe ser el gran comercio espiritual para cada uno.

La naturaleza quiere voluntades sometidas y el dolor las excita para libertar el alma. Sufrir, así, es cierta alegría intrínseca, esotérica: gozo penoso que vive de lo sobrehumano del silencio.

Pero la vida, en cuanto vida, se crea substancialmente por una sobrerrealidad: la muerte. La organización exterior de la vida no hace sino confirmar esa presencia metafísica del morir. De esa manera, entre amor y dolor actúa ese «hésped» de nosotros mismos, la pavorosa, humanizadora y substancial libertad de la muerte.

Cada hombre lleva en sí mismo una terrible espera. Quisiera ser lo cabal y apenas si alcanza ciertas transparencias consoladoras. Eso le vuelve meditativo donde debiera exaltarse. No lo sentimos demasiado. El hom-

bre que está en espera de su hombre interior remueve sus posibilidades recónditas: es substancialmente la fuerza de su liberación.

*

Perseguimos, aún en los peores momentos de desolación, un sentido esencial de completación. Por eso sin duda dijo Hebbel que éramos tan pequeños como nuestra dicha y tan grandes como nuestro dolor. Esa completación enarca sobre nuestra voluntad la eficacia del ensueño, que sirve en la embriaguez de la energía. «Cambio de agonías como de vestimentas»—dice el admirable verso de Walt Whitman. Esas agonías son nuestros propios aspectos, la fuerzas desconocidas que impulsan lo que aun no somos.

*

El espíritu quiere crecer en lo que dice—crecer y sangrar, para mejor crecer—y nada reconforta y unifica el acto puro como la vida puesta a rojo vivo sobre el dolor.

*

Ni tú, ni yo, ni los otros poseemos sino una verdad a medias. Esto mismo constituye la gran esperanza para integrar esa verdad cabal que esperamos. El combate humano no es otra cosa que una porfiada concentración sobre el fondo permanente de la vida. Las contingen-

cias determinan cuantos procesos necesite la naturaleza, pero la lucha es siempre directa entre existencia y esencia.

•

Levantemos la fuerza auténtica de la vida, ¡vivamos! Entre dolor e intuición siempre habrá un promedio de vida profunda. La vida recoge sus propias enseñanzas y somos nosotros quienes debemos trasmutarlas en la substantividad del sentido interior.